

Los hijos de la violencia

"Cuando mi abuelo vaya a trabajar, yo le voy a robar la escopeta que él tiene y con ella voy a rescatar a mi papá". Ese es el sueño de Daniela, de 5 años, cuyo padre está detenido desde hace ya diez meses en la Cárcel Pública, acusado de ser uno de los organizadores de la internación de armas descubiertas en Cañizal Bajo.

Ella, al igual que muchos otros menores de edad, han recibido directa o indirectamente la represión desplegada en las investigaciones que llevan a cabo las fiscalías militares.

Según Gloria Duarte, sicóloga de la Fundación para la Protección de la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia (PIDEE), las experiencias represivas vividas por niños menores de 18 años, durante estos últimos 14 años eran aisladas, sin embargo "a partir de septiembre del año pasado, esto ha aumentado en forma considerable".

PIDEE

La organización de derechos humanos PIDEE, nació hace cinco años y su objetivo es la atención física y mental a niños que de una u otra forma han vivido situaciones de violencia derivadas de las actuaciones de los organismos policiales.

Hasta la sede de este organismo llegan los hijos de presos políticos, de retornados, de relegados, de detenidos desaparecidos o de detenidos ejecutados; con la agravante de que la mayoría de los casos corres-

ponden a niños de situación económica marginal. Gloria Vío, asistente social del PIDEE, señala que: "Son niños doblemente afectados. Por una parte, son reprimidos por una situación económica inestable y además sienten que esto se agrava con situaciones de violencia, es por eso que acá se trata de atender al niño lo antes posible". Para Gloria Duarte, sicóloga, la situación mientras más violenta "más afecta al niño. Hay un cambio total en la familia, hay cambio de roles. Si el padre es detenido, la madre debe asumir, los hermanos mayores tienen que salir arrancando con los más chicos. En general, se desata una angustia familiar a lo que se agrega el apremio económico por no contar con los recursos habituales".

"El niño, la mayoría de las veces, tiene que cambiarse de casa por el constante hostigamiento de que son objeto. Hay un caso que recibimos, que nos contaban que por las noches unos individuos caminaban por el techo de la casa. Todo esto acaba con la estabilidad y hay angustia por las repercusiones".

"El primer daño, agrega la sicóloga, es una baja en el rendimiento escolar, los niños se hacen pichí, pierden el apetito, hay agresividad, pesadillas por las noches. Para los adolescentes es distinto, pero tienen que asumir otros roles. Son niños madurados a la fuerza. Uno de los niños de las familias detenidas por arsenales, de 14 años, se quedó solo, con sus hermanos y

fue a la Vicaría a presentar recursos de amparo y luego, solo, sin compañía fue a la CNI a tratar de reconocer al agente que había detenido a su madre".

CASOS ANTERIORES

Estas situaciones, sin embargo, no son nuevas. En su memoria anual de 1985 el PIDEE muestra varios casos de atención a menores que vivieron experiencias similares.

Francisco, de 12 años, tenía dos años cuando su padre fue detenido por primera vez (1973). En abril del año 84, el padre del niño fue nuevamente detenido y puesto en libertad ese mismo día.

Al ser tratado por las profesionales de la institución, Francisco indica que: "(en nuestra vida anterior), éramos felices. Antes teníamos plata. Lo que pasó no se me va a olvidar, porque cuando esas cosas pasan se encierran ahí, en la cabeza, y se quedan hasta cuando uno se hace grande". Piensa que en situaciones como las que él vivió los niños "se ponen furiosos, reaccionan con odio contra quienes las hacen y uno desearía ser grande y pegarles".

Raúl, de 8 años al momento de ser tratado, presenció el allanamiento de su hogar cuando tenía 4 años y reaccionó haciéndose el dormido. Al ir a ver a la cárcel a su padre se hizo amigo de los guardias y le decía a su mamá que él los distraería para que el papá pudiera salir.

En la actualidad niega que esos hechos lo marcaran; sin embargo señala que "me acuerdo de los momentos especiales como cuando llevábamos comida a papá. El lo recuerda todavía y yo lo noto. A veces está pensando eso y se le nota. Yo escucho a veces cuando habla con mi mamá. Se le nota en la voz porque la tiene más cansada".

ANGUSTIA PROLONGADA

Las situaciones de angustia no se acaban para algunos niños. Cuando son hijos o familiares de detenidos desaparecidos, la preocupación es constante y se prolongará en el tiempo. Es el caso de Sara y Luis, de 13 y 11 años respectivamente. El abuelo materno de los niños murió en torturas el 30 de julio del 74 y una tía que vivía con ellos desapareció en Argentina en 1979.

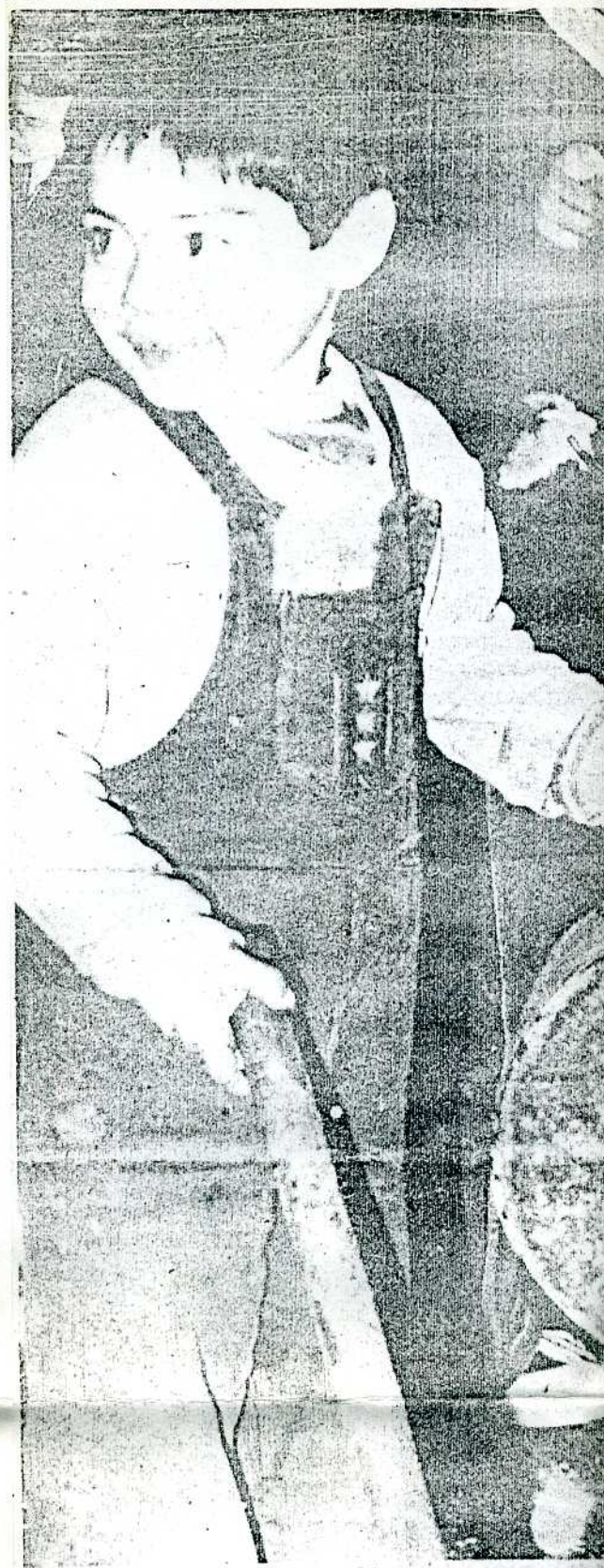
A esto se agrega que ambos niños fueron vigilados y recibieron llamadas telefónicas amenazantes a raíz de lo cual quedaron muy atemorizados.

En la entrevista de la sicóloga con Sara, ésta señaló que aún tenía esperanza de encontrar a su tía. "A lo mejor podemos encontrar a mi tía. (Con respecto a mi abuelo), no podemos hacer nada. Sólo encontrar a los que lo mataron".

Luis, el hermano de Sara, señala, en la misma entrevista, que esto va a influir en su vida adulta. "Voy a tener ideales que otros no tendrán, solidaridad, comprensión. Voy a tener más claro lo que pasa



•Desde el implantamiento del Estado de Sitio, en septiembre del 86, los organismos de derechos humanos han detectado una alarmante alza en los casos de niños afectados por hechos de violencia. La mayoría de estos menores han sido detenidos o amedrentados junto a sus padres, en las investigaciones del fiscal Torres Silva, quien tiene a su cargo los procesos de arsenales y atentado. Estos casos, sin embargo no son los únicos. Ya antes, desde el mismo 11 de septiembre del 73, numerosos niños han debido sufrir los efectos de la violencia y la represión a sus mayores. La dispersión de las familias y el encarcelamiento de los progenitores se ven aumentados hoy día con la prohibición de ingreso a las cárceles de más de 3 personas por detenido. Esto distancia aún más a los pequeños de sus padres o sus madres. El PIDEE, organismo de derechos humanos, se ha dedicado a atender a los menores de edad, intentando que superen las situaciones vividas a través de su propia valoración.



y a entender cualquier cosa".

El caso, tal vez más dramático, es el de Rodrigo, de 8 años, cuyo padre se halla detenido y con petición de pena de muerte. Su mayor deseo es que todo acabe de una vez, y que no se siga prolongando la situación. "Yo creo que es preferible que lo maten antes que siga sufriendo en la cárcel. A veces pienso: ojalá que mi papá salga luego o que lo maten o que lo exilien. Es preferible que a uno lo maten a seguir esperando".

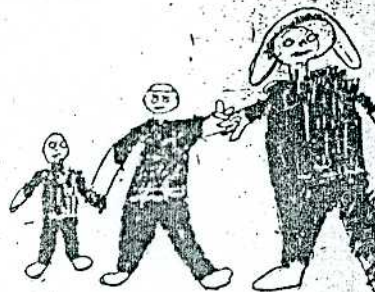
DESINTEGRACION FAMILIAR

Para el abogado Hugo Pavez, uno de los mayores dramas que viven las familias es la total desintegración. Varios de los casos que él ha tomado presentan esa característica.

"Una de las familias más afectadas en el caso arsenales ha sido la de los Moya Escanilla. José Moya Toro, el padre, e Italo Moya Escanilla están detenidos, y por los amedrentamientos que han sufrido, los integrantes de la familia han debido abandonar el país".

Los que ya han emigrado son la abuela María Toro (64 años); Orlanda Escanilla, esposa de José; un hermano, Igor Moya Escanilla; otra hija, Margarita Moya y dos hijos; lo mismo ocurrió con Iris Moya más su marido y dos hijos y Viviana Ortega, junto a su marido Mario Moya y su hija Daniela de un año y medio, a éstos se agrega la menor Marjorie Ayala, de 1 año y medio a quien se pretendió raptar.

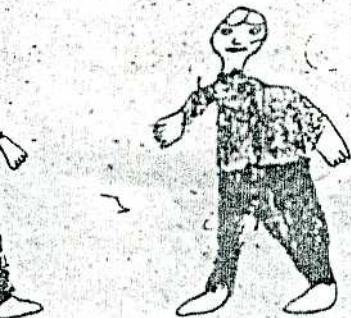
A ellos se suma otra pareja de familiares más sus hijos, que por estos días van a abandonar el país a



raíz de las cartas de amenaza que constantemente llegan a sus hogares.

Situaciones similares viven las familias Nievaldsky, Velázquez y Molina Donoso, todos acusados por su presunta participación en la internación ilegal de armamento al país.

"Antes de partir, relata el abogado Hugo Pavez, los niños de la familia Moya jugaban un juego verdaderamente macabro. Se organi-



zaban para que unos fueran CNI, otros eran carabineros y los últimos eran la familia. cuando llegaban los que hacían de agentes, rompían lo que había alrededor, golpeaban a la familia y los que hacían de carabineros, se limitaban a mirar la situación".

QUE HACER

Frente a este cúmulo de situaciones violentas que afectan a los

Represión después de septiembre

Estos son algunos de los casos de represión a menores a partir de septiembre del año 86, mes en que se implantó el Estado de Sitio en todo el país, a raíz del atentado contra el general Pinochet.

Tatiana Moreno Lizama, guagua de cinco meses fue detenida, junto a su madre y su padre por miembros de Investigaciones. Juan Moreno Avila, está acusado de ser uno de los presuntos miembros del comando que atacó la comitiva presidencial.

La guagua estuvo en poder de Investigaciones 24 horas, tras lo cual fue entregada a su abuela materna.

Mabel Gómez Gómez, 16 años. Detenida por agentes de la CNI, e interrogada en torno a armas encontradas en la población La Faena. La joven se encontraba en su séptimo mes de embarazo. Declara que le pusieron una inyección que la mantuvo somnolienta durante todo un día. Fue liberada el mismo día de su detención.

Mónica Fritis Avila. Detenida junto a sus padres por ser familiar de Juan Moreno Avila, procesado por el atentado a Pinochet.

Michel Reyes, 14 años. Hijastro de Eduardo Nievldsky, procesado por el caso arsenales. Al niño lo raptaron civiles el 10 de noviembre en la vía pública. Allí fue interrogado por una mujer que lo golpeó y le tiró las patillas. A consecuencia de los golpes el niño sangró de sus narices.

Iván y Luciano Carrasco Mora y Alfredo García de 16, 14 y 11 años respectivamente. Hijos del asesinado periodista José Carrasco. Los niños han sido víctimas de seguimientos y amenazas por parte de civiles no identificados.

Daniela Moya, 2 años. Detenida junto a su madre por agentes de la CNI que buscaban a su padre Mario Moya Toro. La niña permaneció en custodia de los agentes durante 24 horas y luego fue entregada a su abuela materna.

niños, las profesionales del PIDEE tienen al menos la posibilidad de

nivel sanitario y escolar, las familias se recomponen y ven m

niños, las profesionales del PIDEE tienen, al menos, la posibilidad de ayudar a un inicio de recuperación, porque "es evidente que mientras las condiciones del entorno subsistan, los daños continuarán produciéndose".

En principio, el informe anual de 1985, del organismo, señala que "se ha observado que (los niños y sus familias) en esta situación tienen una imagen desvalorizada de sí mismos, que se expresa en cada uno de sus miembros lo que no les permite crecer como grupo, no pueden solucionar sus conflictos por no contar con los recursos, ni tomar decisiones importantes".

"Es tarea fundamental apoyarlos cuando visualizamos cualquiera de estos elementos, pues nuestra acción debe tener carácter asistencial, pero también de orientación, de apoyo para lograr un cambio que les permita sobrellevar el dolor, superarlo y transformarlo, de manera que puedan reorganizar sus vidas y volver a sentirse familia y personas, con una perspectiva en el caso de cada uno de sus miembros".

La sicóloga Gloria Duarte, indica que ante la angustia con que llegan las familias y sus hijos se les hace reconocer sus propios valores, lo que cada uno de ellos puede hacer.

"Con esto baja su nivel de angustia y vivencian otros sentimientos. Se dan cuenta de que 'yo soy capaz de... No nos torcieron la mano'. De esta forma ven perspectivas de solución y cambio".

Con este sistema y con apoyo a

nivel sanitario y escolar, las familias se recomponen y ven manera de hacer su vida lo más normal posible. "Ellos buscan la manera de hacer participar más en la casa al papá que está preso y eso lo logran por medio de cartas, dibujos, conversación. La comunicación se hace más fluida y pueden hablar de todos los temas sin restricción".

Si a eso se agrega una solidaridad del barrio y de la escuela; los niños pueden sufrir menos con las situaciones de violencia que viven.

"Es aquí, dice Olga Devia, enfermera, que nosotros hacemos un llamado a los profesores para que apoyen a los niños. No los persigan a pesar de que puedan tener ideas distintas de los padres de esos niños. Es también un llamado a todos quienes pueden tener algo que ver con ellos, es un imperativo humanitario ayudar a estos niños".

Es así como hoy día, cuando aún las situaciones de violencia siguen afectando a los niños, en la comunidad está la posibilidad de ayudarlos. Es el barrio, los vecinos, los profesores y los amigos quienes pueden ayudar.

"Así nos encontramos con experiencias positivas, dice Olga Devia. El cura Dubois, en días de protesta organizaba campeonatos de pelota y volantines para los niños. Así los adultos podían protestar en una esquina, la policía podía disparar o los jóvenes tirar piedras, pero los niños estaban protegidos. En otro lugar, porque ellos no debían sufrir las situaciones de violencia".